
JUDITH
STACY
UN MARIDO DE ALQUILER
Harlequin Internacional

# *Prólogo*

*Los Ángeles, 1897*

—Os declaro marido y mujer —el ministro cerró la Biblia—. Puede besar a la novia.

Rachel Branford fulminó con la mirad a su flamante marido.

—Si se te ocurre pensar en besarme siquiera, Mitch Kincade, te juro que te arrancaré el labio.

Y salió caminando con firmeza.

Mitch permaneció ante el altar, observando cómo se alejaba la novia a grandes zancadas entre las filas de bancos vacíos. Sus pasos rápidos resonaban en el silencio de la iglesia. Con la espalda tiesa, el pelo recogido en un severo moño y el menos favorecedor de sus vestidos, como ella misma se había encargado de advertirle aquella mañana... sin lugar a dudas, aquella mujer sería capaz de convertir en hielo cualquier cosa que la rozara.

Y, aun así, Mitch la deseaba.

Aunque ella no pudiera soportarle.

Y no la culpaba, admitió Mitch mientras la veía recorrer afanosamente el pasillo de la iglesia. No, después del desastre provocado por el padre de Rachel y por su hermano, un desastre que ella había intentado remediar con su cuerpo.

Pero Rachel había dado su palabra y la había cumplido. Había seguido adelante con la boda. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Ella se jugaba muchas más cosas en aquella boda que él.

Por una serie de desgraciadas circunstancias, Mitch se encontraba a punto de conseguir una de las cosas con las que había soñado, por las que había luchado con uñas y dientes durante años.

—«La venganza es mía», dice el señor —susurró.

—¿Perdón? —preguntó el ministro.

Mitch se volvió hacia él.

—Nada, no importa —respondió.

El ministro cambió incómodo de postura.

—Bueno, felicidades —se aclaró la garganta—. Y buena suerte.

La iba a necesitar, parecía querer añadir.

Y Mitch estaba absolutamente de acuerdo con él.

Tomó aire, se plantó el sombrero en la cabeza y salió por el pasillo siguiendo a su mujer y dispuesto a conseguir lo que deseaba de Rachel Branford.

Fuera como fuera.

# *Uno*

*Tres semanas antes*

—¿Otro problema? —susurró Rachel—. No, tío Stuart, no puede ser.

Stuart Parker sacudió su cabeza canosa y se inclinó hacia ella.

—Por favor, Rachel, tenemos que hablar. En privado —y arqueó las cejas señalando hacia el otro extremo de la habitación.

Frente a ellos, yacía el padre de Rachel, Edward Branford, atendido por dos enfermeras que en aquel momento se agrupaban en torno a él.

Su padre, el hombre que le contaba cuentos en la cama, que consolaba a su corazón herido de adolescente y la había apoyado en el entierro de su madre, ocurrido unos meses atrás, yacía en la cama con los ojos cerrados, pálido, demacrado, ¿muriéndose, quizá?

A Rachel se le rompía el corazón cada vez que le miraba.

—Rachel, por favor —insistió Stuart.

Rachel abandonó la habitación y bajó una de las escaleras gemelas que descendían hasta el vestíbulo. La casa, situada en el barrio más moderno de la ciudad, normalmente era un hervidero de vida, pero desde hacía varias semanas, se había convertido en una tumba. Los sirvientes guardaban silencio, las visitas sólo se quedaban el tiempo suficiente como para interesarse por la salud de Edward Branford. Su hermana pequeña y su hermano rara vez se aventuraban a salir de sus habitaciones.

En el estudio de su padre, Rachel cerró la puerta tras Stuart Parker, el más antiguo e íntimo amigo de su padre. Lo de «tío» era un título honorario.

El olor al tabaco de su padre fundido con el olor a cuero de los muebles estuvo a punto de hacerla derrumbarse y, por un instante, Rachel deseó haber llevado a Stuart a uno de los salones. Pero tenía la sensación de que el problema del que quería hablarle era importante y el estudio de su padre le parecía la habitación más adecuada para una conversación seria.

Stuart tomó aire.

—Me temo que tengo malas noticias.

—¿Otra mala noticia? —preguntó Rachel—. ¿Pero eso es posible?

No entendía cómo era posible. Y tampoco cómo su familia, o lo que quedaba de ella, iba a poder soportar un problema más.

No hacía ni un año, Edward se había retirado y había dejado la gestión de sus negocios al hermano mayor de Rachel, George. Después, había ocurrido aquel accidente ferroviario que se había llevado a la madre de Rachel, y muchas más cosas. Pero, gracias a Dios, George estaba al mando del emporio de la familia.

O por lo menos eso era lo que Rachel creía en ese momento.

Un nuevo temor comenzó a aguijonearle el corazón.

—¿Tiene algo que ver con George? ¿Los detectives han averiguado algo sobre él?

—No —contestó Stuart—. Me temo que no.

Rachel hundió los hombros. Su hermano había desaparecido precisamente cuando más lo necesitaba. Sencillamente, se había desvanecido. La policía y los detectives privados continuaban investigando, pero todavía no disponían de ninguna información. Y a veces Rachel se temía lo peor.

Se volvió hacia su tío.

—¿Qué malas noticias tienes?

—Hoy he recibido una visita del señor Rayburn.

—¿Del banco? —preguntó Rachel—. ¿Y qué quería esa vieja cotorra?

—Ha tenido la gentileza de venir a verme para decirme... —Stuart se interrumpió—. Para decirme que las cuentas bancarias de tu padre están prácticamente... vacías.

—¿Vacías? No, tiene que haber algún error.

—No hay ningún error, Rachel. Fui al banco con Rayburn y revisé yo mismo las cuentas.

—Pero... ¡es imposible! ¿Cómo van a estar vacías? —Rachel señaló a su alrededor—. Mira esta casa, es una de las más grandes de la ciudad. Las empresas de mi padre se extienden por todo el estado. Tiene cientos de empleados. Incluso hay una ciudad a la que le han puesto su nombre. No podemos estar...

—Es cierto —repitió Stuart, con más contundencia en esa ocasión—. El imperio financiero de tu padre está al borde del colapso. Tu familia está a punto de quedarse sin nada. Podríais perderlo todo.

—Pero... ¿adónde ha ido todo ese dinero?

—No lo sé.

Rachel se llevó los dedos a la sien.

—Oh, Dios mío, ¿qué pensará la gente?

¿Además de todo lo que habían tenido que soportar durante los últimos meses, la familia podría terminar en la indigencia? Todo el mundo hablaría de ellos.

—Siéntate —le recomendó Stuart, alargando el brazo hacia ella.

—No, no, estoy bien. O, mejor dicho, lo estaré en cuanto tengamos la situación bajo control. Tenemos que llegar al fondo de este asunto antes de que alguien pueda enterarse.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —respondió él, acariciándose la barbilla.

—Tenemos que ir a la oficina de mi padre y localizar a alguien capaz de investigar esta situación... —se interrumpió bruscamente—. No, no podemos hacer eso. Todo el mundo se enteraría de lo que ha pasado.

—Es cierto, es cierto —dijo Stuart, asintiendo pensativo—. Y si se supiera que el negocio de tu padre tiene problemas, las consecuencias podrían ser incluso peores.

—Sí, por supuesto —corroboró Rachel, comprendiendo que su tío tenía razón, aunque aquel aspecto de la crisis no hubiera sido en absoluto su primera preocupación.

Se produjo un momento de silencio, acompañado por el tictac del reloj de la repisa de la chimenea.

—Necesitarás a alguien capaz de analizar los libros de contabilidad —dijo Stuart—. Alguien que pueda averiguar lo que ha pasado y encontrar una solución, diseñar un plan para devolverle la solvencia al negocio.

—Tenemos que buscar a alguien que no sea de la ciudad —insistió Rachel.

—Por supuesto, al fin y al cabo, todavía no sabemos quién está involucrado en la desaparición de los fondos.

El enfado crecía en el interior de Rachel. Un ladrón en el negocio de su padre. ¿De verdad había habido alguien capaz de robarles?¿De dejar a su familia en aquella grave situación?

Apareció el rostro de George en su mente. Si por lo menos su hermano estuviera allí... Él sabría lo que había que hacer, sabría cómo manejar el problema, cómo resolverlo.

—¿Tú crees...? —apretó los labios, reprimiendo sus palabras.

Había estado a punto de sugerir que fuera su tío Stuart el que investigara el problema. Pero era casi tan anciano como su padre y había perdido la agudeza de antaño. Aquella labor le resultaría agotadora.

—¿Crees que podremos encontrar a alguien que no esté relacionado con los negocios de mi padre? —insistió—. ¿Algún conocido en el que podamos confiar?

Stuart arqueó una ceja.

—¿Estás buscando a un caballero andante?

—Estoy buscando a un contable que sea capaz de mantener la boca cerrada.

—Ya se me ha ocurrido uno —dijo Stuart—. Un hombre que no sabe nada de la situación, excepto lo que aparece en los libros de contabilidad. Será totalmente imparcial, puesto que no tiene nada que ganar, salvo su salario.

—¿Y quién es?

—Mitch Kincade. Le conocí durante mi último viaje a la bahía de San Francisco. Es un hombre acostumbrado a prestar ayuda en situaciones como ésta.

—¿Qué títulos tiene? —preguntó Rachel.

—Dicen de él que es un genio de las finanzas.

—¿Es un hombre de confianza?

—Sin reservas.

—¿Este tipo de cosas suceden a menudo? —preguntó Rachel, preocupada al pensar que otras familias podrían estar sufriendo la misma clase de problemas.

—Desgraciadamente, sí.

—Y si el señor Kincade es tan inteligente, ¿por qué no dirige su propia compañía? —preguntó Rachel—. ¿Por qué trabaja para otros?

—Ser un pistolero a sueldo también da cierto prestigio —señaló Stuart.

—¿Sabemos algo sobre su pasado?

—Nada que haya causado problemas a las personas que lo han contratado. Ha trabajado para algunas personas que conozco y tiene una reputa-

ción sin mácula —bajó la mirada hacia ella—. Rachel, de momento me he encargado yo de saldar algunas deudas, pero no podré hacerlo siempre. Necesitamos llegar a una solución que nos permita controlar de forma permanente esta situación. Y con George desaparecido y tu padre enfermo, me temo que el problema recae completamente sobre tus hombros. ¿Qué quieres hacer?

La impaciencia revoloteaba en el interior de Rachel. La respuesta era obvia, por supuesto, querría haberse reunido ya con el señor Kincade.

Recordó entonces a su madre. Las dos dedicaban una gran parte de su tiempo a planificar actividades sociales, asistir a meriendas o redecorar la casa. ¿Cuestiones de dinero? ¿Mujeres envueltas en asuntos financieros? Sencillamente, era algo que estaba bien. ¿Qué diría la gente?

Tendría que actuar con discreción para evitar el escándalo, decidió.

Bajó las pestañas, esperando parecer recatada, cuando lo que en realidad le apetecía hacer era correr ella misma a San Francisco y arrastrar al señor Kincade hasta su casa esa misma noche.

—¿Crees que podrá venir pronto? —preguntó.

—Al menos lo intentaré.

—La gente se preguntará por qué hemos traído a ese pistolero a sueldo, como tú lo llamas, para entregarle las riendas del negocio de mi padre.

Stuart lo consideró un momento.

—Se quedará aquí, en casa. Puedes decir que es un amigo de la familia que ha venido a visitaros y a ofreceros su ayuda.

Rachel negó con la cabeza.

—¿Atender a un invitado cuando ha pasado tan poco tiempo desde la muerte de mi madre y mi padre todavía está enfermo? Me parece muy poco apropiado.

—Entonces diremos que es un antiguo y muy querido amigo de la familia. Además, será una pantalla excelente para la enfermedad de Edward. Todo el mundo pensará que traemos los libros de la empresa a casa para que tu padre los revise.

Si su tío no hubiera estado en el estudio, Rachel habría soltado un juramento. Lo último que le apetecía era tener que atender a un invitado, y, mucho menos a un contable aburrido.

—De acuerdo entonces, ya está todo decidido —dijo—. ¿Cuánto tiempo nos llevará todo esto?

—Dos semanas, tres como mucho —respondió Stuart.

Rachel suspiró aliviada. Gracias a Dios. Al cabo de sólo unas semanas, su vida volvería a la normalidad.

# *Dos*

—Tiene que ser un cardo, un auténtico cardo.

—No sería la primera —respondió Mitch Kincade, mirando a su amigo, que iba sentado frente a él en el coche de caballos.

Habían llegado a la estación apenas una hora atrás y se dirigían directamente hacia casa de los Branford.

—¿Cuántos años tiene? ¿Veinte? ¿No fue eso lo que dijo Parker? ¿Y no está casada? —Leo Sinclair echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. Exacto, un auténtico cardo.

Mitch desvió la mirada hacia la ventana y observó las calles de Los Ángeles. La verdad era que apenas se había fijado en los detalles sobre la familia Branford que Stuart Parker le había transmitido dos días antes en San Francisco. Lo único que a Mitch le importaba era que Parker había ido a verle personalmente, indicio de una situación

desesperada, y que no había pestañeado cuando le había informado de sus honorarios.

—Apostemos algo, vamos. Apostemos algo —dijo Leo, que no parecía dispuesto a dejar el tema.

—No pienso apostar nada.

—Porque esa chica es un cardo y lo sabes —concluyó Leo—. Y porque todavía conservas hasta el primer dólar que ganaste y no estás dispuesto a arriesgarlo ni para salvar la vida de tu mejor amigo.

—Tú eres mi mejor amigo —señaló Mitch—, así que debería ser obvio por qué no quiero despilfarrar mi dinero en tal empresa.

Mitch vio una sonrisa asomando a los labios de Leo; a éste parecía gustarle que le recordara su amistad. Veinticinco años atrás, el destino los había unido, cuando Mitch sólo tenía siete años y Leo cinco, y las circunstancias los habían mantenido juntos hasta entonces.

—Tú, tus visiones, tu plan —dijo Leo, haciendo un gesto con la mano—. ¿Por qué no puedes relajarte y disfrutar de la vida? Lo único que haces es trabajar. ¿Por qué no puedes...?

—¿Parecerme más a ti?

—¿Y eso qué tiene de malo? —preguntó Leo—. Yo voy a donde quiero, hago lo que quiero y cuando quiero. Como este viaje. He podido venir contigo por la sencilla razón de que me ha apetecido. No

hay nada que me retenga. Ya he tenido una vida suficientemente rígida, y tú también.

Mitch desvió la mirada. No quería que Leo le recordara su infancia.

—No me digas que no lo has pensado —dijo Leo—. Casarse con esa chica de los Branford, quiero decir. La fea. Deberías hacerlo.

—Y un infierno —refunfuñó Mitch.

—¿Ni siquiera para conseguir lo que has estado buscando durante todos estos años? —preguntó Leo.

Riqueza y poder. Mitch deseaba ambas cosas desde hacía más tiempo del que era capaz de recordar. El dinero podía conseguirlo por sí mismo y, de hecho, estaba amasando el suficiente como para lanzarse a montar su propio negocio.

Pero sólo había una manera de alcanzar el poder, de ser aceptado por la élite. Para una hombre como Mitch, la única opción era casarse con una mujer que perteneciera a ella.

Le habían ofrecido la mano de algunas de las hijas de sus clientes, pero las había rechazado. Mitch pretendía levantar su imperio por sí mismo y no quería sentirse en deuda con nadie.

—Por lo menos, no te sorprendas cuando su padre intente encasquetártela —Leo sonrió, se arrellanó en el asiento, se cruzó de brazos y cerró los ojos.

Mitch se alegró de aquel silencio, pero no sirvió para dar reposo a sus pensamientos.

La familia Branford. Más gente rica y estúpida. Conocía a los de su calaña. El hecho de tener dinero no los hacía inteligentes.

Pero Mitch era inteligente. Ése era el motivo por el que la élite le suplicaba ayuda. Y le pagaban bien, muy bien, a cambio de su pericia y sus soluciones.

Los Branford no serían una excepción, Mitch lo sabía. Pero no se lo pondría fácil. Él nunca aceptaba un trabajo a la primera. Insistía en conocer de cerca a los protagonistas, en oír de sus labios cuál era exactamente la situación. Y después aceptaba el trabajo.

Mitch os elegía. Nunca permitía que fueran ellos los que le eligieran a él.

El coche giró en una esquina, despertando a Leo al hacerlo. Éste se sentó, miró por la ventanilla y se volvió después hacia Mitch con los ojos abiertos de par en par.

—Dios mío...

Mitch se volvió. Afuera, el barrio West Adams pasaba ante sus ojos. Era un sitio elegante, serio y con estilo, con palmeras alineadas en los bulevares y enormes mansiones.

El coche de caballos se dirigió hacia el camino de entrada de una residencia impresionante de

tres pisos y color marfil con algunos toques de un azul intenso, numerosos balcones, una torrecilla y tejado de pizarra negra.

—Parece que esta vez has llegado a lo más alto —comentó Leo.

Mitch sintió un nudo en el estómago.

—Te paguen lo que te paguen, pide más —le aconsejó Leo.

—Sí, a lo mejor lo hago —musitó él.

El caballo se detuvo a sólo unos metros de la entrada, una entrada rodeada de palmeras y flores.

—¿Qué vas a hacer tú mientras yo trabajo? —le preguntó Mitch a su amigo al tiempo que se ponía la chaqueta.

—Dar una vuelta por la ciudad, conocer gente.

Mitch asintió. Era lo más parecido a un compromiso que podía esperar de su amigo. Leo era capaz de desaparecer durante semanas.

—Cuídate.

—¿No me cuido siempre?

—No.

Mitch sacó la cartera y le tendió varios billetes. Tras unos segundos de vacilación, Leo aceptó el dinero y se lo guardó en lo más hondo del bolsillo del pantalón.

—Esa gente podrá decirte dónde encontrarme si necesitas algo —dijo Mitch, señalando con un gesto de la cabeza hacia la casa.

Se puso el sombrero y bajó del coche. El conductor aceptó el pago del pasaje y la propina. Se subió de nuevo al coche y se alejó de allí, dejando a Mitch completamente solo.

Se volvió entonces y alzó la mirada hacia la casa, una mansión tan espectacular que volvió a sentir aquella familiar tensión en el estómago. Inmediatamente intentó sofocarla. No quería dejarse arrastrar por ella. No soportaba los recuerdos.

¿Y la hija tan fea de los Branford? No se arriesgaría a mirarla dos veces. Lo único que él quería ver era el verde de los billetes cuando le pagaran sus honorarios.

Un viejo mayordomo de cabello cano le abrió la puerta en cuanto llamó, se hizo cargo del sombrero de Mitch y le invitó a pasar al interior de la casa.

—Le están esperando, señor Kincade. Por aquí, señor.

Mitch siguió al mayordomo por el vestíbulo, subió hasta el segundo piso y accedió a un salón.

—El refrigerio es para usted, señor —dijo el mayordomo, señalando una mesita redonda situada frente al sofá—. No tardarán en reunirse con usted.

Mitch miró a su alrededor mientras el sonido de los pasos del mayordomo se alejaba. Imaginaba

que aquél era el salón de una mujer: tonos rosados, flores, volantes. En la mesita habían dispuesto un servicio de té de color marfil ribeteado en oro y unas bandejas con bizcochos diminutos. La habitación olía a comida, a té y a limpio.

¿Cuántos sirvientes harían falta para preparar un té como aquél? ¿O para limpiar aquella habitación? ¿Cuántas horas de trabajo? ¿Cuánto sudor? ¿Cuánto sufrimiento?

Se acercó a la mesita. Normalmente, no conocía a los clientes en sus casas. Solían encontrarse en bares, restaurantes u oficinas. Rara vez en sus domicilios. Mitch así lo prefería. Y los clientes, desesperados por recibir su ayuda, siempre estaban dispuestos a hacer las cosas a su modo.

Tomó una de las tazas de té, una taza fina, ligera y delicada. ¿De dónde procedería? ¿Durante cuántos años habría pertenecido a la familia Branford? La había elegido alguien con un gusto exquisito. Y alguien acostumbrado al dinero.

Dejó la taza en el plato y miró a su alrededor. Todo lo que veía eran cosas caras, finas. La clase de objetos que, tiempo atrás, sólo podía permitirse mirar, nunca tocar.

Aquella casa, en toda su grandeza, parecía cerrarse en torno a él. Afloraron los recuerdos. Se vio a sí mismo escondido bajo las mesas, en las esquinas. Espiando y temiendo que lo descubrieran.

Mitch se sacudió mentalmente. Iba a tener que subir sus honorarios.

Rachel se levantó el vestido y bajó la escalera con la mente corriéndole a toda velocidad. Había oído llamar a la puerta. Se alegraba de poder escapar de la habitación de su hermana pequeña y de sus últimos apremios, pero le angustiaba pensar que aquella visita podía ser la del contable que Stuart había contratado y que parecía haber llegado antes de tiempo.

Tanto que todavía no se había preparado para recibirle. Rachel se llevó la mano al pelo mientras cruzaba corriendo el vestíbulo. No había ido a la sala para asegurarse de que los sirvientes lo hubieran dispuesto todo adecuadamente. Ni había tenido tiempo de prepararse algunos temas para la conversación con aquel aburrido contable que la esperaba.

Rachel se encogió por dentro. ¿Qué pensaría su madre de ella?

Se detuvo en la puerta de la sala, se alisó el vestido y tomó aire para tranquilizarse. No podía entrar en la sala a toda velocidad, sin aliento y sin clase alguna de compostura.

La joven se había alarmado cuando su tío le había dicho que su caballero andante, como él lo llamaba, insistía en reunirse con ella y con su

familia antes de decidir si aceptaba o no el trabajo. De modo que era mucho lo que se jugaba en aquel encuentro. Y tenía que asegurarse de que todo saliera bien.

Rachel apeló a todas y cada una de las habilidades de anfitriona que su madre le había inculcado desde la infancia, alzó la barbilla y entró lentamente en la sala.

Y se quedó paralizada al ver a un hombre alto, de hombros anchos y vestido con un traje oscuro de espaldas a ella, enfrente de la mesita del té.

¿Aquél era el contable? No, no podía ser él.

Inmediatamente se alarmó. ¿Se habría sentido ofendido el señor Kincade por su tardanza? ¿Se habría marchado?

El hombre volvió la cabeza, la vio y giró lentamente. Rachel sentía el corazón en la garganta, el pulso acelerado. La invadía una mezcla de sentimientos demasiado confusos como para que pudiera identificarlos.

Lo único que sabía era que aquél no era su contable. No, no podía serlo.

Aquel hombre era enorme. Alto, atlético. Y atractivo. Tenía el pelo castaño, los ojos azules. No, no podía ser el señor Kincade. Jamás en su vida había visto un contable con ese aspecto.

Lo estudió un momento y dio un paso hacia delante.

—¿Señora Branford? Soy Mitch Kincade.

—No, imposible.

—Por supuesto que soy Mitch Kincade.

—¿Usted es Mitch Kincade? —Rachel lo recorrió de pies a cabeza con la mirada—. ¿Usted es mi caballero andante?

Inmediatamente se ruborizó. En nombre de Dios, ¿de verdad había dicho eso en voz alta?

—Probablemente no me ha reconocido porque he dejado a mi corcel blanco en la calle —respondió Mitch.

Entonces sonrió y el calor más glorioso del mundo inundó las entrañas de Rachel, obligándola a devolverle la sonrisa.

—Sí, estoy segura de que ha sido eso —contestó con la voz convertida en poco más que un susurro.

Se quedaron mirando el uno al otro durante un momento un tanto embarazoso, hasta que Mitch preguntó:

—¿Es usted la señorita Branford? ¿Rachel Branford?

—Sí —Rachel notó un intenso calor en las mejillas—. Y me alegro mucho de conocerle. Gracias por venir.

Mitch continuó mirándola. Estudiándola, en realidad, hasta que Rachel se dio cuenta de pronto de que no se lo ocurría nada que decir.

—¿Quiere tomar algo? —le preguntó de pronto, y se acercó al servicio de té—. He...

Se interrumpió, horrorizada. Se habían equivocado con el juego de té. Estaban a mediados de abril y los criados habían sacado un juego de invierno.

Apretó los labios. Debería haberse asegurado de que la mesa estuviera bien servida. No le extrañaba que el señor Kincade estuviera mirando el servicio de té cuando había entrado.

Rachel se volvió hacia él, segura de que estaba cada vez más colorada. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía explicar aquella ofensa?

—¿El señor Parker está aquí? —preguntó Mitch.

Pasaron varios segundos antes de que Rachel fuera consciente de lo que le había preguntado.

—No, pero estoy segura de que el tío Stuart llegará pronto. ¿Quiere sentarse?

Diablos, sí, quería sentarse. Mitch se acercó una silla y consiguió permanecer en pie hasta que Rachel se sentó a su derecha. ¿Aquélla era Rachel Branford? ¿El patito feo de la familia? Pues era adorable. Alta, delgada, de ojos castaños y con unos labios de coral que le hacían desear...

—¿Ha tenido un buen viaje? —preguntó Rachel.

Mitch se removió incómodo en aquella estrecha silla. A él no se le daban muy bien ese tipo de conversaciones sociales, y menos mirando a Rachel.

Ésta permanecía erguida con las manos cruza-

das primorosamente en el regazo y los pies plantados con firmeza en el suelo. Era la viva imagen de una dama.

—Estupendo —respondió. Rachel lo miró como si estuviera esperando más conversación—. El tren...

—¡Huya!

Mitch se levantó de un salto al ver entrar a una jovencita con el rostro empapado en lágrimas.

—¡Huya! —le gritó a Mitch y señaló a Rachel con el dedo—. ¡Aléjese de ella!

—Chelsey, por favor —Rachel se levantó y le dijo a Mitch—: Es mi hermana.

—¡Huya ahora que está a tiempo!

—Tiene quince años —le dijo Rachel en voz baja, como si eso lo explicara todo.

Mitch miraba alternativamente a las dos hermanas, completamente perplejo.

Sin molestarse en secarse las lágrimas, Chelsey se acercó a él.

—¡Intentará hacerse cargo de su vida! ¡Se cree con derecho a dirigirlo todo! ¡Todo!

—Chelsey, por favor, éste es no es el momento —le suplicó Rachel—. Ya hablaremos de tu situación...

—¡No es una situación! ¡Es mi educación! —Chelsey tomó aire angustiada—. ¡Estás arruinando mi vida!

—Chelsey...

—¡Y a nadie le importa!

Mitch sentía la sobrecogedora necesidad de hacer algo. De intervenir para llegar al fondo del problema, para consolarlas. A las dos. Pero su atención se dirigió como una flecha hacia la puerta en el momento en el que entró un joven de pelo oscuro y ojos castaños. Se parecía vagamente a las dos hermanas. Seguramente era su hermano. Mitch le calculó unos dieciséis años.

El joven ignoró a Mitch y a sus hermanas y se dirigió directamente al mueble que había al lado de la chimenea. Abrió la puerta, sacó una botella de whisky y se volvió.

Mitch sintió una opresión en el pecho al verle de frente. El chico llevaba la manga de la camisa anudada a la altura del hombro. Le faltaba un brazo.

—¿Noah? —lo llamó Rachel—. Noah, por favor, ven a conocer a nuestro invitado, el señor Kincade.

Con la facilidad proporcionada por la práctica, el chico le quitó el corcho a la botella con los dientes y continuó caminando.

—¿Noah? —repitió Rachel.

Mitch advirtió la queda desesperación que reflejaba su voz. Se tensó de tal manera el nudo que tenía en el estómago que pensó que no iba a poder soportarlo.

Noah consiguió saludar a Mitch con la botella y desapareció por la puerta.

Se hizo un pesado silencio en la habitación. Nadie se movía. Nadie hablaba.

Hasta que Chelsey se volvió hacia Rachel:

—Te odio —alzó la nariz y salió con paso firme del salón.

Mitch se volvió hacia Rachel. Sus mejillas habían perdido su atractivo rubor. Estaba pálida y apretaba los puños frente a ella. Parecía pequeña, frágil, pero de pronto se irguió como si estuviera alzando una pared para protegerse de... ¿de todo?

Mitch dio un paso hacia ella y se detuvo. No, no podía hacer eso.

—Espero que sepa perdonar a mi familia —dijo Rachel suavemente, incapaz de mirarlo a los ojos. Enderezó los hombros—. Mi tío Stuart no tardará en llegar. Él puede explicarle los detalles de...

—No —Mitch sacudió la cabeza—. No quiero hacer ningún trato. Olvídelo.

Y abandonó la habitación a grandes zancadas.

# *Tres*

—¡Espere, señor Kincade! ¡Por favor, espere!

Mitch no quería reconocer la súplica que encerraban sus palabras mientras se dirigía al vestíbulo. Quería salir de aquella casa cuanto antes.

—¿Por favor?

La desesperación de Rachel apelaba a su conciencia. Mitch se detuvo y se volvió hacia ella. Rachel, con el vestido levantado hasta los tobillos, corría hacia él.

Tenía que salir de allí. Tenía que marcharse y no regresar nunca más.

Pero hubo algo en Rachel que le hizo quedarse donde estaba.

—Es por el juego de té, ¿verdad? —le preguntó la joven.

Mitch la miró con el ceño fruncido.

—¿El juego de...?

—Lo sabía —apretó los labios y, por un ins-

tante, Mitch pensó que iba a llorar—. La culpa ha sido mía, sólo mía. Debería haberme asegurado de que el juego de té era...

—¿De qué está hablando? —preguntó Mitch, acercándose a ella.

—Es un juego de té de invierno. Completamente inapropiado para la primavera. Le vi mirándolo cuando entré en la habitación.

Mitch se limitó a observarla. ¿De verdad lo consideraba suficientemente caballero como para darse cuenta de aquel error?

Por un instante, no supo qué era peor, si decirle que no era capaz de distinguir un servicio de té de otro o confesar los verdaderos motivos por los que no aceptaba el trabajo. Decidió optar por el camino más fácil.

—Stuart Parker me comentó que su familia tenía dificultades económicas —dijo Mitch.

Rachel lo miró esperanzada.

—¿Entonces no se va a ir?

Rachel se inclinó un poco más y se puso de puntillas. Su fragancia llegó hasta Mitch. Una fragancia deliciosa. Rachel alargó la mano hasta su brazo.

—Por favor, señor Kincade, ¿le importaría escucharme?

Susurró aquella pregunta. Su dulce aliento acarició cálidamente el lóbulo de la oreja de Mitch, y, al mismo tiempo, le provocó escalofríos.

—¿No quiere volver? —le susurró—. Déjeme explicarle todo. No quiero que ni Chelsey, ni Noah, ni los sirvientes, nos oigan. Por favor...

Muy bien, decidió Mitch. La escucharía. Escucharía lo que tuviera que decirle y después se marcharía.

Asintió brevemente, enfadado consigo mismo por lo mucho que le complació ver su sonrisa. La siguió por el pasillo y regresó de nuevo a la sala.

—Tomaremos el té —le dijo Rachel, como si eso ayudara a mejorar la situación.

Fuera o no equivocado el juego de té, Rachel Branford estaba perfecta con aquella delicada taza en la mano. La precisión y la gracia de sus movimientos indicaba que había hecho aquello durante toda su vida.

Mitch aceptó el té, aunque en realidad no le apetecía. Él habría preferido una taza de café con leche y montones de azúcar.

—¿Le apetece un bizcocho? —le preguntó Rachel, señalando hacia la bandeja que había en la mesa.

Aquellos diminutos bizcochos tampoco le resultaban apetecibles. Tenía hambre, pero le habría gustado un buen guiso de carne con patatas empapado en salsa.

—Gracias por quedarse, señor Kincade —Rachel se sentó y bebió un sorbo de té.

La taza de Mitch repiqueteó en el plato mientras él se sentaba y la dejaba en la mesita que tenía a su lado.

—Supongo que mi tío Stuart le habrá contado que la situación de mi familia es... bueno, desesperada.

¿Le había dicho eso Parker? Mitch no lo recordaba, pero tampoco le importaba. Cada familia, cada compañía para la que trabajaba tenía una historia triste de fondo. Una enfermedad, una muerte, un ex empleado furioso... Mitch nunca se ocupaba de esos detalles. Él sólo se preocupaba de hacer bien su trabajo y cobrar sus honorarios.

—Comenzó el año pasado, cuando mi padre puso el negocio en manos de mi hermano George. Unos meses después, mi madre, bueno...

—¿Murió? —preguntó Mitch.

Rachel desvió la mirada un segundo y después volvió a mirar a Mitch otra vez.

—El tren descarriló. Mi padre y ella estaban acompañando a Noah a mirar universidades.

—¿Fue así como perdió su hermano el brazo?

—Sí, y creo que también fue aquél el principio de los problemas de salud de mi padre —Rachel sacudió la cabeza y dejó la taza de té a un lado—. Desde entonces ha ido declinando poco a poco. Ha sufrido un derrame cerebral menor, eso es lo último que nos han dicho los médicos. Pero hay

algo más y los médicos no son capaces de identificarlo.

Mitch esperaba en silencio.

—Con mi padre enfermo, George asumió completamente el control de sus negocios hace varios meses. Si por lo menos él estuviera aquí, podría ocuparse de todo.

—¿Está fuera?

—Ni siquiera nos dijo que se marchaba. No sabemos dónde está ni si volverá.

—Su hermano, el que dirigía el negocio, desapareció de repente y poco después se desvaneció también el dinero de la familia.

—Sí, ¿no es terrible? A veces tengo miedo de que le haya ocurrido algo.

Mitch se movió incómodo en la silla.

—¿Y no cree que eso puede ser algo más que una coincidencia?

Rachel lo miró con sus ojos enormes e inocentes.

—¿Qué quiere decir?

Por supuesto, podía haber varias razones por las que la desaparición del dinero hubiera coincidido con la marcha de George, además de las que eran obvias. Pero Mitch decidió no presionar a Rachel.

—En realidad George es hermanastro mío. Es hijo del primer matrimonio de mi madre —le